

El rey de la noche

Las miradas más indiferentes vense atraídas en este momento por el brillo de un astro espléndido que, desde el comienzo de la noche, brilla al Sudoeste con luz casi deslumbradora.

Pasa por el Meridiano, es decir, justamente al Sur, hacia las diez de la noche, y se oculta a las dos y media de la madrugada. Este astro es, pues, actualmente, el rey de la noche.

Nuestros lectores le conocen. Saludan en él a Júpiter y le ven precedido al Oeste por el pálido Saturno.

Saben que este globo es el gigante del sistema planetario, que su diámetro y su volumen son 11 y 1,279 veces, respectivamente, mayores que los de la Tierra, y que gira rápidamente sobre sí mismo en menos de diez horas (cinco constituyen el día y cinco la noche), y que es, pues, una móvil residencia en que las horas vuelan aún más rápidamente que en nuestra pequeña esfera terrestre.

Júpiter es el mundo del porvenir. Nos ofrece el aspecto que debe tener la Tierra para los habitantes de la Luna, en la época primordial en que nuestro planeta, aún no solidificado, halla base rodeado de una inmensa atmósfera de nubes y vapores.

Mientras más estudiamos ese astro, más lo encontramos diferente del nuestro desde el punto de vista de las condiciones de estabilidad necesarias para la vida humana. Capas de nubes lo rodean y giran rápidamente con él, siguiendo velocidades diferentes, y su misma superficie parece un océano caliente.

Esto es lo que yo veía recientemente, en una admirable noche, hermosa, en este verano tan variable, al observar con el telescopio el bello planeta que brillaba no lejos de la Luna.

En el diseño que quise tomar costábase inmenso trabajo recoger los mil detalles y matices deliciosos de estas nubes, y se sentía que había allí como una caldera inmensa de vapores elevándose a alturas prodigiosas en la atmósfera de un mundo no enfriado aún. La zona ecuatorial es muy brillante y gira de modo rápido como un río colosal, como un *gulf-stream* torrencial, con una velocidad de más de 400 kilómetros por hora.

En una de las bandas nubosas tropicales se observa, especialmente desde hace un cuarto de siglo, una mancha oval cuatro veces mayor que todo el diámetro de la Tierra, que parece un continente ó una gran isla en preparación, emitiendo vapores rojizos.

El estudio atento de esta formación enigmática es evidentemente uno de los más importantes para nuestro conocimiento físico del planeta. Así, su observación está constantemente inscrita en la orden del día de los Observatorios de estudio físico, especialmente en Juviasy, donde poseemos, tomadas sin interrupción un año tras otro, un gran número de vistas telescópicas del planeta.

Júpiter es un sol enfriado y se halla ahora en un estado intermedio entre el estado solar y el estado planetario, como la Tierra lo estuvo durante su época primordial.

Como la órbita de Júpiter alrededor del Sol es casi circular y el planeta se halla poco inclinado sobre esta órbita, el Sol no produce en ese mundo ni estaciones ni climas. Los movimientos considerables que vemos desde aquí efectuarse en su atmósfera no pueden tener al Sol por causa única y son producidos en su mayor parte por un calor original del planeta.

Desde luego la variación anual de la acción solar sobre Júpiter no es mayor que la que el Sol produce en la Tierra de ocho días antes á ocho días después del equinocio: es apenas sensible.

Tal es el estado de nuestros conocimientos actuales sobre el mundo más importante de nuestro sistema. En tiempo pasado, Júpiter brillaba como un sol en el centro de su propio sistema de cuatro mundos. Hoy es un sol enfriado, no aún enteramente frío, etapa intermedia entre el período solar y el período planetario.

Si pudiéramos acercarnos, como decíamos antes, á distancia de su primer satélite, asistiríamos con espanto á la génesis formidable de los elementos que preparan en este inmenso laboratorio los gérmenes de la vida futura.

Pero cuando haya llegado á su período de vida y de inteligencia, la tierra en que estamos habrá muerto, y la última familia humana se hallará sepultada desde hace mucho antes en el último hielo ecuatorial del cementerio terrestre.

Si duda es difícil tener sobre la constitu-

ción de éste una opinión fija, definitiva, suficientemente fundada, y nos vemos en cierto modo reducidos á conjeturas. Pero la conclusión más probable de todas las observaciones comparadas, me parece ser que hay allí una isla flotante sobre la superficie de Júpiter, aún líquida y caliente. Esta primera escoria continental, esta solidificación parcial, está flotante, porque su posición oscila ligeramente hacia el Este y hacia el Oeste. Así, su tiempo de rotación, que era de nueve horas cincuenta y cinco minutos treinta y cuatro segundos en 1879, es hoy de nueve horas cincuenta y cinco minutos cuarenta y dos segundos. Hay además cinco ó seis otras corrientes girando con velocidades desiguales y variables, como en la superficie del Sol.

Que el globo de Júpiter está aún caliente, lo indican los datos siguientes:

Conste en primer lugar que el estado calórico inicial de todos los planetas no ha sido puesto en duda por ningún geólogo ni por ningún astrónomo.

Todas las teorías cosmogónicas sobre el origen de la Tierra han tenido que contar con la temperatura interior actual, con los movimientos incessantes de la corteza, todavía actualmente producidos cada día por temblores de tierra, y es imposible considerar nuestro planeta de otro modo que como la condensación lenta de una nebulosidad primitiva, salida de la nebulosa solar.

Se puede calcular la duración del enfriamiento correspondiente á cada planeta según su masa, su volumen y la naturaleza de sus materiales. Mientras más pequeño es un cuerpo celeste, más pronto se enfría. La Luna se enfrió más pronto que la Tierra; la Tierra se enfrió más pronto que Júpiter.

La teoría conduce, pues, á admitir, en primer lugar, que el globo de Júpiter puede y debe estar aún caliente, como lo estuvo el globo terrestre en otra época, caliente no sólo en sus profundidades, sino también en la superficie misma, y que esta superficie viene á encontrarse en nuestros días en un período de solidificación.

Que no sea más sensiblemente luminoso, es de lo que no podemos dudar, puesto que sus satélites desaparecen enteramente cuando pasan por su sombra, y puesto, también, que la luz de Júpiter es la luz solar reflejada.

El espectróscopo lo prueba: Júpiter brilla como una nube inmensa iluminada por el Sol.

Ese mundo es verdaderamente colosal, y los movimientos que se efectúan en su superficie, como en el seno de su inmensa atmósfera, son prodigiosos.

Para concebir una idea aproximada á la realidad, sería preciso considerarnos transportados á sus cercanías, por ejemplo, á su primer satélite, que gravita alrededor del gigante á la distancia de menos de seis veces el radio del planeta, á 417,847 kilómetros del centro de Júpiter, ó sea á 348,384 kilómetros solamente de la superficie del disco visible.

Desde allí aparece á la vista un globo inmenso, midiendo 140,926 kilómetros de diámetro, once veces mayor que nuestra Tierra.

Es un poco menos de la distancia de la Luna, de manera que, visto desde su primer satélite, Júpiter parece once veces de diámetro más vasto que la Tierra vista desde la Luna, la cual es ya cuatro veces mayor que la Luna llena vista desde aquí.

Es, pues, algo así como cuarenta y cinco veces el disco de la Luna llena; son de 20 grados de magnitud sobre el horizonte del cielo.

Desde allí, los torbellinos de su atmósfera deben mostrarse en toda su grandeza, y aun quizá el calor del planeta es allí sensible y ejerce una influencia notable sobre la condición física de este satélite, como cuando Júpiter era un sol brillante en el centro de su sistema.

La superficie del planeta debe ser aún pastosa, quizá solidificada en ciertos puntos, y de un color rojo oscuro.

Se ve que el aspecto de ese astro, que brilla las noches de verano ante nuestros ojos, nos invita á pensar en los grandes problemas del tiempo y del espacio. Desgraciadamente, en general, los ciudadanos de nuestro planeta miran al cielo sin comprenderlo, viven sin saber dónde están y sin habérselo preguntado nunca.

Esta ignorancia nativa y arrogante no altera su salud, lo mismo que acontece á los cuadrúpedos, los peces, los moluscos y las plantas. Si acaso, habrá un viviente entre diez mil que se muestre deseoso de instruirse y preocupado de saber la verdad. Ningún ministro de Instrucción pública ha pensado aún en hacer enseñar la astronomía en las escuelas primarias, ni aun en la segunda enseñanza.

CAMILO FLAMMARION.

De actualidad

Las garantías se restablecerán en Barcelona antes del día 20.

El ministro de Instrucción pública, conde de Romanones, someterá á las Cortes un proyecto de bases para dictar una nueva ley de enseñanza.

El viernes se firmará el decreto sobre la reorganización de la enseñanza agrícola, creando diez escuelas regionales de agricultura.

También será firmado otro decreto reformando el Consejo y la inspección general de Obras Públicas.

Dicen de Villaharta que el sábado marchará á Jaen el ministro de Gracia y Justicia, señor Montilla, donde sus amigos le preparan un banquete.

El domingo marchará á Madrid en el tren correo.

En los círculos militares es muy comentado el relevo del marqués de Mendigorria, que mandaba el regimiento del Rey y se le ha dado una comisión con objeto de que estudie en el extranjero asuntos militares para los efectos de cobro de sus haberes.

Ha fallecido Mr. Kensit, presidente de la Liga anticlerical, asesinado por un clerical fanático.

El suceso ha causado sensación é indignación.

Barcelona.—El Ayuntamiento de esta capital comunicará á los de Córdoba y Sevilla un testimonio de su gratitud por la afectuosa acogida que en ambas poblaciones andaluzas se ha dispensado á la asociación de los Coros Clavé, en la reciente visita que á las mismas han hecho.

En los centros oficiales se habla con entusiasmo del proyecto de reforma de la ley municipal, leído en el último Consejo por el señor Moret, ensalzándose el carácter descentralizador en que aquel se inspira.

Asegúrase que dicha reforma, al ser ley, matará el regionalismo.

Mañana firmará el rey el decreto creando la junta reformadora del catastro, cuya presidencia ha aceptado D. José Echegaray.

Cama y trigo

Voy á cumplir la promesa que hice al escribir mi artículo *Ultra y Citra* contando el juicio que á un labriego castellano y á otro de mi país vasco merecieron, respectivamente, Castilla y Vizcaya, fundándose en el uso de la cama y el del trigo.

Una vez hablaba yo con un charro, de la vida en Vizcaya, donde había estado él, siendo soldado, allá de 1873 á 1876. Después de haberme expuesto su juicio acerca de Vizcaya, juicio en que no faltaban felices atisbos, se extendió en consideraciones acerca de una gente que habla una lengua que ni el demonio la entiende, y acabó diciendo:

—Si serán brutos, que no comen pan de trigo!...

Se referían á que por los años en que él recorrió mi provincia los más de los aldeanos del interior de ella comían pan de borona.

Me sonrei dejándole decir.

Poco tiempo después me encontraba en una recóndita y retiradísima aldea de mi Vizcaya, al pie del gigante Oiz, en una aldea en que todo el mundo habla esa lengua que ni el demonio la entiende. Allí me encontré con un anciano cantero, que había estado trabajando en carreteras en tierra de charrería, y al saber él que vivía yo en Salamanca nos pusimos á hablar de este país. Y después de muchas consideraciones, en que había mucho de exacto y en el fondo una gran simpatía hacia esta región—porque el *aldeano* de mi país, el aldeano, entiéndase bien, el vasco de mi país, no echado á perder por las estupideces librescas del antimaquetismo, casi siempre piensa bien de los países en que ha vivido y comido—después de muchas consideraciones, acabó diciéndome en su lengua que ni el demonio entiende, pero que entendí yo:

—Pero qué quiere usted esperar, señor, de una gente que no duerme en cama...?

Tuve que sonreirme dejándole decir.

Y, en efecto, ni comían pan de trigo los más de los aldeanos vascos hace treinta años—y aun hoy muchos no lo comen sino como regalo—ni duermen en cama, sino vestidos y sobre el escaño, los más de los charros.

Lo curioso es que el uno ponía como signo de civilización el comer pan de trigo y el dormir en cama el otro.

Juicios tan peregrinos se oyen á diario. A un amigo mío, catalán por cierto, que fundaba una de las superioridades de los ingleses sobre los españoles en que en Inglaterra es mayor el consumo de azúcar por cabeza, tuve que decirle que aquí el sol nos ahorra el tener que consumirlo. En San Petersburgo se consume mucho más combustible para calefacción en Enero que no en Málaga.

Hablando de los catalanes le oí decir una vez á uno que había estado de guarnición en un pueblo de la montaña catalana:

—¿Qué quiere usted de una gente que llama *cama* al pie y dice *colgar* por enterrar?

Esto es grotesco, evidentemente grotesco, y sin embargo de la misma laya son los juicios que algunos castellanos *ilustrados* hacen respecto á Cataluña, y los que ciertos catalanes *ilustrados* hacen respecto á Castilla. En mi vida me he reído más que cuando leí cierto artículo de un señor Puig respecto á Madrid. Aquello era el colmo de lo humorístico. Era aún más divertido que las descripciones que hacen los turistas franceses de una juerga gitana en el barrio de Triana, muchísimo más divertido que la novela francesa *La Marguerita* de J. L. Talón.

Cuando oigo los cargos que se hacen unos á otros esos ilustrados censores, me digo:—Si, éstos les culpan á aquellos de que no comen trigo espiritual, sino maíz ó centeno, y aquellos á éstos de que no se acuestan en cama espiritual, sino sobre el escaño.

A las palabras que Jaime I dirigió á los nobles castellanos que querían detenerle cuando iba á romper las conferencias de Jativa con su yerno Alfonso el Sabio, á esas palabras habría mucho que contestar, y, ante todo, que el orgullo lo da la posesión, y el hoy orgulloso puede humillarse mañana, y el hoy «llano, sencillo y grande como un héroe de Homero,» puede volverse mañana insostenible, altanero, petulante y *folón*, como aquel conde de que habla el *Poema del Cid* en su verso 960, el conde que «*dixo una vanidad*.»

Lo triste, lo verdaderamente triste que hay en el fondo de todo esto, es la revelación de estrechez de espíritu, tanto de una parte como de otra, de parte de los que mutuamente se censuran y se denigran, se entiende. Es indudable que el hombre es tanto más perfecto cuanto de más cosas y más diversas es capaz de gustar, y una de las cosas en que me creo superior á muchos de mis paisanos es en que, gustándome los valles y montañas de mi tierra, me gusta, y mucho, la austera llanura castellana.

Respecto á eso de que la población del centro de España se componga de *moros* incapaces de progreso, hostiles á la civilización, y á los que sólo se puede redimir conquistándolos, es una de tantas superficialidades como se sueltan por ahí. Por mi parte, no estoy persuadido de que Londres, ó Nueva York, ó París, nos presenten el tipo supremo de la civilización actual, de la actual, que en cuanto á la futura... ¿quién sabe?

Mi anhelo supremo, si pudiese correr tierra, sería ser castellano en Castilla, catalán en Cataluña, gallego en Galicia, andaluz en Andalucía, francés en Francia, en Inglaterra inglés... y hombre en todas partes, y yo siempre.

Llegar á Madrid como mi amigo Brossa, por ejemplo, lleno de prejuicios, y cerrar los ojos á cuanto los contradecía para no abrirlos sino á lo que los corroboraba, y apreciar la vida madrileña con el criterio de la barcelonesa ó de la parisense, es el modo mejor para formar falsos conceptos.

Además, cada uno de nosotros ha sido educado en un país, conforme á las tradiciones y costumbres de él, y cuanto con ellas choque habrá de parecerse malo. Juzgar del conjunto del prójimo porque no come pan de trigo ó porque no duerme en cama, es la peor manera de juzgar de él.

Tal región española puede creerse más ilustrada que tal otra, porque las personas cultas de aquella reciben y aceptan antes las novedades del extranjero y están en mayor comunicación con el movimiento intelectual francés, verbigracia, mientras que esta otra región, la que no huele tan pronto la revista recién salida, puede tenerse por más ilustrada, porque entre la gente de su pueblo son más los que saben leer y escribir.

Aquí, por ejemplo, en esta provincia de Salamanca, en que vivo, no puede decirse que la capital haga el efecto de una avanzada capital europea, con sus servicios todos policíacos, y sin embargo, en el campo apenas se encuentra quien no sepa leer y escribir, cosa frecuentísima en otras regiones que pasan por más adelantadas.

Y basta de esto *por hoy*.

MIGUEL DE UNAMUNO.